

Perdida en la Muerte



La Muerte se miró al espejo, ajustando su túnica negra y afilando su guadaña. Como cada día, estaba lista para salir a cumplir su implacable misión. Sin embargo, en esa ocasión, algo se sentía diferente. No era el peso de las almas que pronto recogería, ni la soledad inherente a su existencia eterna. Era un vacío más profundo, una inquietud que no podía ignorar.

— ¿Quién soy realmente? —se preguntó, con la voz resonando en el silencio de su morada oscura—. ¿De dónde vengo? ¿Cuál es mi propósito más allá de coleccionar almas?

Estas preguntas, que hasta entonces habían permanecido latentes en los rincones de su mente, ahora se arremolinaban con fuerza, exigiendo respuestas. Decidida a encontrarlas, la Muerte emprendió un viaje existencial, un recorrido que la llevaría a enfrentar no solo a las deidades más poderosas, sino también sus propias dudas.

Su primera parada fue el inframundo griego, un lugar que conocía bien pero que rara vez había visitado con otros propósitos. Al llegar, el aire pesado y el eco de lamentos le resultaron familiares, aunque hoy su ánimo estaba lejos de la rutina. Avanzó hasta el trono de Hades, donde el dios de los muertos estaba absorto en una partida de ajedrez contra su fiel guardián, Cerbero.

— ¡Eh, tú! ¿Quién osa interrumpir mi partida? —gruñó Hades sin levantar la vista del tablero. Cerbero, con sus tres cabezas, le lanzó miradas desconfiadas.

— Soy yo, la Muerte —respondió ella, sintiendo una extraña timidez—. Vengo buscando respuestas sobre mi origen.

Hades la observó con atención, recorriendo con la mirada su figura encapuchada.

— ¿La Muerte? Pensé que serías más... alta —dijo con una pizca de sorpresa—. En fin, no puedo ayudarte. Yo solo manejo el papeleo post-mortem, no me ocupo de esos temas existenciales. Prueba con los nórdicos, ellos tienen una obsesión con el fin de los tiempos y quizás algo sepan.

Con una leve inclinación de cabeza en señal de agradecimiento, la Muerte dejó el inframundo. Hades no le había dado la respuesta que buscaba, pero sí una nueva dirección.

Determinado a continuar su búsqueda, la Muerte se dirigió a Asgard, el reino de los dioses nórdicos. La imponente fortaleza dorada se alzaba sobre nubes y arcoíris, un lugar donde el rugido del viento y el choque de espadas resonaban en el aire. Allí encontró a Odín, el padre de todos, sentado en su trono mientras bebía hidromiel. El dios, con su único ojo brillando de astucia, parecía haberla esperado.

— ¡Bienvenida, pálida segadora! —exclamó Odín con voz potente—. ¿Qué te trae por aquí?

— Busco mis orígenes —explicó la Muerte, con la misma mezcla de humildad y esperanza que había mostrado ante Hades—. ¿Sabes de dónde vengo?

Odín se rascó la barba, pensativo. Durante un largo momento, la sala quedó en silencio, interrumpido solo por el goteo lento del hidromiel de su cuerno. Finalmente, habló:

— Mmm... ¿Has probado con el registro civil cósmico? Ahí tienen todos los certificados de nacimiento universales. Si hay algo que puedas encontrar sobre ti misma, está ahí.

La Muerte suspiró. Aunque agradecida, sentía que las respuestas estaban tan lejos como al principio. Con un último asentimiento hacia Odín, partió hacia su siguiente destino, sin saber qué esperar.

Egipto, con sus misterios antiguos y sus dioses envueltos en enigmas, parecía el lugar ideal para continuar su búsqueda. Al llegar, encontró a Anubis en su templo, pesando los corazones de los muertos en su balanza dorada. La escena tenía un aire solemne, casi ritual, que hizo que la Muerte se detuviera un instante antes de acercarse.

— Disculpa —comenzó con cautela—, ¿sabes algo sobre mi origen?

Anubis, con su cabeza de chacal inclinada hacia ella, la miró con evidente confusión.

— ¿Tu origen? —repitió, mientras un destello de duda cruzaba sus ojos oscuros—. Pensé que eras solo un concepto abstracto, personificado por la necesidad humana de darle forma a lo desconocido.

Las palabras de Anubis golpearon a la Muerte con fuerza. Nunca había considerado que su existencia pudiera ser tan efímera o dependiente de la percepción de otros.

— Vaya, eso es... profundo —murmuró—, pero no me ayuda mucho.

Anubis la observó con simpatía, pero no tenía más que ofrecerle. Desesperada y sintiéndose más sola que nunca, la Muerte decidió que era hora de buscar a la única entidad que podría entender su dilema: la Vida misma.

La Vida la esperaba en un jardín vibrante, donde todo parecía florecer al unísono. Flores de todos los colores y animales de todas las formas compartían aquel espacio paradisíaco. La Vida, radiante y llena de energía, estaba tarareando alegremente mientras regaba unas plantas delicadas.

— ¡Hola, vieja amiga! —saludó la Vida con una sonrisa que parecía iluminar el lugar—. ¿Qué te trae por aquí?

La Muerte, agotada y abrumada por las preguntas sin respuesta, se dejó caer en una silla cercana.

— Estoy en una crisis existencial —confesó, con la voz cargada de un peso que no había sentido en siglos—. No sé de dónde vengo ni cuál es mi verdadero propósito.

La Vida rio suavemente, un sonido que hizo que los pájaros cercanos se unieran en armonía.

— Oh, querida. Tú y yo somos dos caras de la misma moneda —dijo, su voz llena de comprensión—. No tienes un origen porque siempre has existido, al igual que yo. Tu propósito es mantener el equilibrio del universo.

La Muerte la miró con asombro.

— ¿Entonces somos... hermanas? —preguntó, tratando de entender la profundidad de la revelación.

— Más que eso —respondió la Vida, guiñando un ojo con picardía—. Somos la misma entidad, manifestada de formas diferentes. Sin ti, yo no tendría sentido, y sin mí, tú no existirías.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse. La Muerte, procesando las palabras de la Vida, sintió cómo el vacío en su interior comenzaba a llenarse con una nueva comprensión. No estaba sola, ni era un ser aislado en el vasto cosmos. Era parte de un ciclo eterno, una danza cósmica donde la Vida y la Muerte eran inseparables.

Finalmente, una sonrisa se dibujó en su rostro esquelético.

— Gracias —dijo, con una gratitud sincera que nunca antes había experimentado—. Creo que por fin entiendo mi lugar en el universo.

— Me alegro —respondió la Vida, con una calidez que solo ella podía emanar—. Ahora, ¿qué te parece si tomamos un té? Tengo unos pastelillos de alma recién horneados que están para morirse...

Ambas rieron, una risa que resonó en todo el jardín, llenándolo de una energía vibrante y pura. Por primera vez en milenios, la Muerte se sintió verdaderamente viva, entendiendo que, en su eterna misión, siempre había estado acompañada, y que su propósito no era solo el final, sino también el equilibrio que daba sentido a todo lo que existía.